

Indicadores Pedagógicos y Filosóficos en el tiempo, de acuerdo con San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino

Víctor Fernando Sánchez Pérez

Resumen

Los temas tratados en el presente artículo aún continúan vigentes para los entendidos y estudiosos, no obstante se hayan vivido en tiempos antiguos, medievales o actuales, porque la filosofía, educación y religión son puntos controversiales, y más aún, cuando los protagonistas fueron los representantes de la patristica y la escolástica respectivamente.

Entre los temas que los seguidores de San Agustín y Santo Tomás de Aquino tienen en mente, es nada menos entre otros, la demostración sobre la existencia de Dios, aspecto que los agustinianos, tomistas y escolásticos han tratado con toda seriedad, al extremo que los teólogos y filósofos aún siguen debatiendo en los tiempos actuales y seguramente las nuevas generaciones.

Palabras claves: *patristica, escolástica, tomistas, summa theológica, gnoseología, de trinitate, apologistas, herético.*

Summary

Topics treated in this article are still part of the up - today conversation for well - noticed and studious, nevertheless, these facts happened in old, medieval or present times, because philosophy, education and religion are controversial sources, and, moreover, when performers represented both patristics and scholastics in their turn. What followers of Saint Agustin and Saint Thomas de Aquinas have in mind is the demonstration about god existence, which is an aspect that agustinians, tomistics, and scholastics have treated with absolute seriousness, at such point that theologians and philosophers are still discussing nowadays, and this will, no doubt, continue to next generations.

Keywords: *patristic, scholastic, tomisties, theological summa, gnoseonology, de trinitate, apologists, heretic.*

INTRODUCCIÓN

A través del tiempo hemos tenido grandes representantes en los distintos campos científicos como la filosofía, teología, metafísica, educación, matemática, etc. Fue una época de grandes educadores y discípulos.

Tengo en mente expresar mi admiración por dos eminentes y preclaros representantes de la patrística y la escolástica respectivamente. Me refiero al filósofo Agustín de Hipona (354 - 430) y Tomás de Aquino (1225 - 1274).

En las controversias entre San Agustín y Santo Tomás de Aquino y Buenaventura (1221 - 1274), eran maestros de la facultad de teología de la universidad de París. Lógicamente su actitud no podía ser la misma que la de los escolásticos que enseñaban filosofía en la facultad de artes.

Todo esto no significa sin embargo, que Tomás de Aquino siga siempre el aristotelismo al pie de la letra, ni tampoco que los agustinianos rechacen sistemáticamente las aportaciones de Aristóteles, Tomás de Aquino adoptó también teorías totalmente ajenas al sistema aristotélico, como por ejemplo referente a la presencia en la mente de Dios de las ideas arquetípicas. Y los agustinianos no dudaron en utilizar a favor de sus intereses doctrinales antiaristotélicos el vocabulario y los afinados instrumentos conceptuales que les ofrecía el aristotelismo, vocabulario e instrumentos conceptuales que les gustasen o no, habían pasado a ser los propios del lenguaje filosófico de su época.

Entre los temas controversiales en los que Agustín y Tomás de Aquino pusieron énfasis entre otros tenemos: sobre la existencia de Dios.

Para Agustín la idea de Dios es la de un ser perfectísimo, superior en perfección a cualquier otro ser. En ella debe estar incluida la existencia, que es también una perfección.

Pues, sino estuviese incluida cabría pensar en otro ser más perfecto aún, que además, incluyera la existencia.

Para Tomás de Aquino, Dios infinito e invisible, es demostrable por sus efectos finitos y visibles. Tomás pretende llevar a cabo esta demostración a través de cinco vías:

- 1era - parte de la experiencia.
- 2da - se basa en la noción de causa eficiente.
- 3era - parte de lo posible y lo necesario.
- 4ta - se basa en los grados de perfección.
- 5ta - parte de la existencia en los seres naturales de una tendencia armoniosa hacia un fin. Dios.



SAN AGUSTÍN DE HIPONA

SAN AGUSTÍN DE HIPONA Y SU PEDAGOGÍA FILOSÓFICA

La inmensa obra de San Agustín supone sin duda alguna la culminación del pensamiento patrístico. Su filosofía encarnó mejor que ninguna otra el esfuerzo por conciliar la especulación clásica con el dogma, y su profundo análisis de la relación entre razón y fe. Trazó el camino por el que habría de discurrir la reflexión teológico - filosófica en los siglos venideros. Con San Agustín, cristianismo y filosofía se unieron definitivamente.

Hijo de pagano y cristiana, Agustín nació en la africana Tagaste en el año 354. Tras completar sus estudios de retórica en Cartago y abandonar el maniqueísmo después de profesarlo durante diez años viajó por la Europa mediterránea, intentando hallar una respuesta a su aguda crisis espiritual. En Milán le fue concedida la cátedra de Retórica y fue allí donde leyó por vez primera las Enéadas de Plotino. La aguda impresión que le causó la obra le hizo desechar el escepticismo de corte estoico, por el que había mostrado cierto interés, y aproximarse a la fe de Cristo. Otras lecturas neoplatónicas y, sobre todo, los sermones del obispo de Milán, el renombrado San Ambrosio, motivaron su definitiva conversión al cristianismo en el año 387. Retornó entonces a África, donde tras ordenarse sacerdote fundó la comunidad monástica de Hipona, ciudad de la que fue nombrado obispo nueve años después. Allí permaneció hasta su muerte, acaecida durante el asedio de Hipona por los vándalos en el año 430.

LA FILOSOFÍA DE SAN AGUSTÍN Y SUS ENSEÑANZAS

Los dos grandes temas de la filosofía agustiniana son el concepto de verdad interior y el origen del mal. El primero hace referencia a la tesis según la cual sólo buscando en su interior puede el hombre descubrir la verdad: "No salgas fuera de ti; en el hombre interior habita la verdad". Gracias a la ofrenda divina de la razón es posible adentrarse en el autoconocimiento y, tras superar los niveles inferiores del saber, acceder a la iluminación.

LOS ORÍGENES DE LA FILOSOFÍA CRISTIANA

La necesidad imperiosa de valores morales que durante el período helenístico agitó las sociedades mediterráneas se concretó en un intenso anhelo de religiosidad en los primeros siglos de nuestra era. Las razones que explican este fenómeno son muy diversas, pero casi todas obedecen a una misma causa: la decadencia del imperio romano. Tanto en su

vertiente económica - pobreza de las capas medias, extrema carestía - como política - supresión de las libertades civiles, amenaza de invasión bárbara -, la profunda crisis alteró radicalmente la mentalidad de las masas populares. El resultado fue el florecimiento de un fervor desmedido por todo lo supersticioso y sobrenatural como recurso para evadirse de las incertidumbres y miserias del mundo en que se estaba obligado a vivir. Varios ritos y cultos importados de Oriente, con promesas de salvación ultraterrena, comenzaron a hallar adeptos entre los súbditos más humildes del languideciente imperio. Muy pronto, uno de ellos se impuso notoriamente sobre el resto: la doctrina cristiana.

En sus comienzos, el cuerpo teórico del cristianismo se reducía a la predicación oral hecha por los testigos de la vida de Jesucristo. Posteriormente, la Iglesia procedió a transcribir estas narraciones como medio de salvaguardar la pureza de las palabras de Jesús. Surgieron así los Evangelios, que, sumados después a los llamados Hechos de los Apóstoles, conformaron el Nuevo Testamento. A mediados del siglo II, los cristianos sintieron la necesidad de aportar una especulación teológica que contribuyera a cimientar la doctrina de un modo más sólido. Comenzó así a formularse lo que con el tiempo se conocería como filosofía cristiana.

LA PATRÍSTICA Y LA EDUCACIÓN ANTIGUA

Inicialmente, el método utilizado por los cristianos para difundir la doctrina consistía en la simple transmisión directa de lo referido por Jesucristo. La vocación redentora de su doctrina hallaba un marco de expresión idóneo en el contacto directo entre el catequista y los feligreses, sin necesidad de elaborar una exposición sistemática y coherente del contenido de los Evangelios. Sin embargo, a medida que la fe se extendía fueron surgiendo obstáculos que pusieron en peligro la integridad del mensaje. Del exterior llegaban los ataques de las autoridades romanas y de los filósofos paganos con el objetivo de desacreditar la doctrina; del interior, las herejías y desviaciones con respecto a las líneas fundamentales del credo evangélico. Para enfrentarse con éxito a ambas amenazas, los pensadores cristianos recurrieron a la reflexión teológica. Se intentó así precisar con mayor rigor los contenidos evangélicos y fundamentar los principios doctrinales sobre bases racionales. El resultado de esta tentativa por configurar de un modo definitivo el dogma cristiano y por argumentarlo con razonamientos lógicos recibe el nombre de patrística.

EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA PATRÍSTICA

El período patrístico comprende los siete siglos transcurridos entre la muerte del último de los apóstoles de Cristo, alrededor del año 100, y el inicio de la edad media, hacia el 750. Durante este espacio de tiempo coexistieron los vestigios de la filosofía helenística, que vivió un último momento de esplendor a cargo de la corriente neoplatónica, y los primeros pasos del pensamiento filosófico cristiano.

En su desarrollo, la patrística presenta tres etapas definidas: una fase de iniciación (ss. I - IV), representada por los Padres apostólicos; un período intermedio (ss. IV-I), que constituye la edad dorada de la patrística, y una fase de transición a la escolástica medieval (siglos V-VIII), caracterizada por el resurgir de la cultura grecorromana.

Período de iniciación: Comprende desde el principio del cristianismo hasta el año 325, fecha del concilio de Nicea. Los primeros ejemplos de especulación teológica aparecen en la obra de los pensadores apologistas, así llamados por la capital defensa de la fe que llevaron a cabo en los siglos II y III ante el acoso de los emperadores de Roma y los intelectuales. En sus escritos, redactados en forma de diálogos y destinados al público pagano, contestaban las acusaciones y exponían a título informativo algunos de los dogmas cardinales de la religión cristiana. Los apologistas se dividen en griegos y latinos.

Entre los apologistas griegos destacó por encima de todos Justino, filósofo palestino convertido al cristianismo y finalmente nombrado santo.

TRANSICIÓN DE LA PATRÍSTICA A LA ESCOLÁSTICA

La teología cristiana pareció resentirse de la muerte de San Agustín. En la segunda mitad del siglo V, tras los concilios de Éfeso y Calcedonia, la brillante especulación filosófica de la etapa anterior fue sustituida por una intensa actividad de búsqueda y recopilación de obras doctrinales con el objeto de salvaguardar el copioso patrimonio clásico, por entonces en vías de dispersión. Fundamental en este sentido fue la labor del romano Severino Boecio (480 - 524), el representante más notable de la patrística crepuscular. Suya fue la primera traducción al latín del conjunto de la obra platónica y aristotélica, emprendida con el propósito de ilustrar acerca de la sustancial similitud que, en su opinión, existía entre los dos grandes filósofos clásicos.

LA PRUEBA DE DIOS POR EL ALMA

La prueba de Dios por la vía íntima, o sea por las verdades eternas que se imponen al alma, tan cara a San Agustín, es diferente del argumento ontológico que sedujo a San Anselmo y a Descartes. Ha sido repetida en la historia del pensamiento humano, y según el P. Garrigou Lagrange, entra en la cuarta vía de Santo Tomás, que se eleva tanto a la Primera Verdad, (*maxime verum*), como a la Primera Inteligencia y al Primer Ser. Esta es también la opinión de Maritain en su bello estudio sobre la sabiduría agustiniana. Debemos añadir que la preferencia de San Agustín por el argumento de las verdades eternas, reforzado por nuestra ansia de verdad, no lo llevó a omitir la prueba cosmológica derivada de la existencia y del orden del mundo; al contrario, podría decirse que ambas pruebas marchan paralelamente en el espíritu del Santo. Bajo la luz de la inmutabilidad ve simultáneamente las verdades eternas en nuestro espíritu y el orden en la naturaleza. Para encontrar a Dios, no sólo interroga a su propia alma y a las verdades que en ella encuentra, sino a las cosas todas que le responden diciéndole: "admira nuestra belleza". "Dios hizo todas las cosas con orden, número y medida". "Todo el universo que nos rodea, al cual también nosotros pertenecemos, proclama tener un Creador excelentísimo que nos dotó de mente y razón natural". Se explica esta unión de la prueba moral y la prueba cosmológica en San Agustín, porque bajo la influencia de la Escritura corrigió a Platón y devolvió su valor esencial a las cosas visibles, y porque en su filosofía el centro de la certeza íntima y de la mirada interior está inseparablemente unido, por un lado, a las verdades morales que nos superan y, por otro, al mundo material en que estamos como sumergidos.

GRAN REFLEXIÓN EDUCATIVA

- 1) El hombre no debe empeñarse en alcanzar lo que está por encima de su entendimiento, como se dice en el Eclesiástico: No busques lo que está por encima de ti. Pero lo asequible a la razón se enseña suficientemente en las disciplinas filosóficas, y, por consiguiente, parece superfluo que, aparte de éstas, haya otra doctrina.
- 2) No cabe más ciencia que la del ser, puesto que solamente se sabe lo verdadero, que se identifica con el ser. Ahora bien, las ciencias filosóficas tratan de todos los seres, incluso de Dios, y por ello una de las partes de la filosofía se llama teología o ciencia de Dios, como se ve por el Filósofo. Por consiguiente, no es preciso que haya otra doctrina además de las ciencias filosóficas.

Por otra parte dice el Apóstol que toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia. Pero la Escritura, divinamente inspirada, no pertenece a las ciencias filosóficas, que son descubrimiento de la razón humana. Luego es útil que, aparte de las ciencias filosóficas, haya otra doctrina inspirada por Dios.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

Entre 1240 y 1243 recibió el hábito de la Orden de Santo Domingo, atraído y dirigido por Juan de San Julián, un conocido predicador del convento de Nápoles. La ciudad estaba asombrada al ver a un noble joven como él tomar el hábito de un pobre fraile. Su madre, con sentimientos de alegría y tristeza a la vez, se apresuró a ir a Nápoles a ver a su hijo. Los Dominicos, temiendo que se lo llevaran, le enviaron a Roma, aunque su destino final sería París o Colonia. Teodora convenció a los hermanos de Tomás, que eran soldados del Emperador Federico, capturaron al novicio cerca del pueblo de Aquependente y le recluyeron en la fortaleza de San Juan de Rocca Secca. Allí estuvo detenido casi dos años, mientras sus padres, hermanos y hermanas hacían todo lo posible para destruir su vocación. Sus hermanos incluso tendieron trampas a su virtud, pero el puro novicio echó de la habitación a la tentadora con un tizón que sacó del fuego. Hacia el fin de su vida, Santo Tomás le confió a su fiel amigo y compañero, Reinaldo de Piperno, el secreto de un favor especial que recibió entonces. Cuando echó a la tentadora de la habitación, se arrodilló y ardientemente imploró a Dios que le concediera la integridad de mente y cuerpo. Cayó en un sueño ligero, y mientras dormía, dos ángeles se le aparecieron para asegurarle que su oración había sido escuchada. Le ceñeron un cinturón, diciendo: "Te ceñimos con el cinturón de la virginidad perpetua". Y desde ese día en adelante jamás experimentó el más leve movimiento de la concupiscencia.

VIDA Y OBRA DE SANTO TOMÁS

Santo Tomás, hijo del conde Landolfo de Aquino, nació en 1225 en la ciudad de Roccasecca, al norte de Nápoles. A los cinco años fue llevado por sus padres al monasterio de Montecasino con el propósito de que se convirtiera, con el paso del tiempo, en abad de tan importante sede. Sin embargo, tras la excomunión del emperador Federico II por el Papa, los benedictinos fueron expulsados de esa abadía y Tomás hubo de regresar con su familia. Fue mandado entonces a estudiar a la universidad de Nápoles, donde permaneció seis años y se ordenó dominico contra la voluntad de su familia, que llegó incluso a secuestrarlo



SANTO TOMÁS DE AQUINO

durante un corto tiempo. Durante esta reclusión escribió sus dos primeras obras: los opúsculos *De fallaciis* y *De propositionibus modalibus*. De poco sirvió el confinamiento, ya que en 1245 Tomás marchó a París para proseguir sus estudios y completar su noviciado. Se dirigió posteriormente a Colonia, en cuya universidad recibió lecciones de San Alberto Magno, quien lo introdujo al aristotelismo. De este período son sus comentarios a Jeremías y al Libro de las Lamentaciones, previos a su definitiva ordenación como fraile dominico en 1250. Volvió entonces a París, donde los dominicos estaban siendo hostigados por las autoridades de la universidad bajo la acusación de herejía por su proximidad al aristotelismo averroísta. Según la interpretación que Averroes hizo de la obra del estagirita, el alma no es inmortal, sino perecedera, como el cuerpo. Tras un largo periplo por toda Italia, en el que conoció al traductor aristotélico Moerbeke, Santo Tomás regresó a París con el propósito de combatir esta desviación averroísta y precisar el verdadero sentido de la doctrina de Aristóteles. A este período pertenece el cuerpo fundamental de su obra escrita: la *Summa contra gentiles*, argumentación contra la filosofía árabe; las dos primeras partes de la *Summa Theologica*, exposición global de su doctrina; los tratados sobre metafísica *Super Physicam*, *Super Metaphysicam*, *Sobre la potencia* y *Sobre los seres espirituales*, y los escritos polémicos *Cuestiones disputadas* y *Sobre la unidad del intelecto* contra los averroístas. En 1272 abandonó su magisterio parisino y retornó a Italia. Allí escribió un último opúsculo sobre la sustancia y comenzó la tercera parte de la *Summa*, que decidió no concluir tras experimentar una "alta visión divina", interpretada por Santo Tomás como señal de que debía abandonar la labor especulativa y aguardar la muerte. Ésta le llegaría finalmente en la abadía de Fossanova, en marzo de 1274.

LA RAZÓN Y EL CONOCIMIENTO

La doctrina tomista del conocimiento constituyó una total novedad en el pensamiento de su tiempo. Se oponía tanto a la visión platónica de San Agustín como a la interpretación - en su opinión errónea - del aristotelismo a cargo de Averroes. Frente a la concepción agustiniana, Santo Tomás afirmó la inexactitud de basar todo conocimiento en la idea de la iluminación divina; contra los partidarios de Averroes, negó la existencia de un intelecto externo que fuera universal y único para todos los hombres. El principio del conocimiento humano, y aquí radica la gran novedad de la teoría del aquinatense, no es otro que la facultad del alma llamada inteligencia. Bien es cierto que la inteligencia participa de la luz divina; pero su actitud no es pasiva, sino activa, y por ello esencialmente autónoma.

El razonamiento del "doctor angélico" prevenía contra las acusaciones de herejía: en su opinión, la mayor muestra de la omnipotencia divina era haber concebido una criatura dotada de verdadera actividad propia y no un ser exclusivamente pasivo y necesitado de su constante intervención. De este modo, Santo Tomás afirmó sin reparos que el intelecto humano carece de ideas innatas y viene al mundo como una hoja en blanco; sólo mediante la experiencia particular va adquiriendo el hombre los principios necesarios para sobrevivir y actuar.

La gnoseología (ciencia del conocimiento) de Santo Tomás establece una distinción entre la actividad del intelecto y la actividad sensitiva, dualidad que era omitida por sus antagonistas platónicos. El entendimiento de las cosas se produce, según su teoría, a través de los sentidos: "nada puede existir en el intelecto que no estuviera antes en los sentidos". Todo conocimiento tiene, pues, una indispensable base sensorial. El proceso se compone de un doble movimiento: la inteligencia elabora conceptos abstractos y universales, a partir de la información captada por los sentidos, y el entendimiento los aplica a las cosas concretas, conociendo así la naturaleza singular de cada una de ellas. Por tanto, el conocimiento humano es posible gracias a la mutua interacción entre inteligencia y percepción.

PRUEBAS SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS

Para Santo Tomás, el ser en acto puro e ilimitado, es decir, aquel que no tiene una causa anterior, es posible. Sin embargo, afirmar esta posibilidad no implica conocer su existencia real: la existencia del acto puro (Dios) debe ser probada. Ahora bien, la demostración no puede realizarse a priori; ése había sido el error de San Anselmo, cuyo argumento ontológico estaba condicionado por la fe (en efecto, es necesaria la fe para asumir el requisito del razonamiento anselmiano acerca de la suprema perfección de Dios). Los escolásticos anteriores se apoyaron en el principio, falso para el pensador dominico, de que es imposible hablar de la existencia de Dios sin haber conocido antes que es Dios; lo imposible, sin embargo, es conocer la causa pasando por alto el efecto. En el parecer del aquinatense, la demostración no puede depender de la fe ciega en un Principio superior; al contrario, sólo puede estar basada en una argumentación auténticamente filosófica, es decir, que parta del efecto (el mundo sensible) para determinar la causa (Dios).

La demostración tomista de la existencia de Dios se apoya en cinco argumentos a posteriori de innegable corte aristotélico: las famosas vías. Son las siguientes: la vía ex motu, que del movimiento de todo lo existente deduce la necesidad de que exista un primer motor inmóvil; la vía ex causa, que se remonta en la averiguación de las causas sucesivas de las cosas hasta llegar a la necesidad de una causa primera; la vía ex

contingencia, según la cual la naturaleza contingente, es decir, sometida a eventualidades, de los seres del mundo sensible requiere la existencia de un creador que esté libre de contingencia y sea absolutamente necesario de por sí; la vía ex gradu, que de la existencia de nociones adjetivas (verdadero, falso, bueno, bello) infiere la existencia de un criterio absoluto de referencia, y la vía ex fine, que de la comprobación del orden general que presentan los fenómenos del mundo deduce la necesidad de una mente que los haya ordenado.

LA METAFÍSICA DE SANTO TOMÁS

Las cinco vías dejan patente la aceptación de Santo Tomás de los conceptos fundamentales de la metafísica aristotélica: acto y potencia, forma y materia. A partir de ellos introdujo, no obstante, matices propios. El par potencia - acto aparece en dos niveles de la realidad, y recibe diferentes nombres en cada uno de ellos: si el paso de la potencia al acto da como resultado un ente que antes no existía, la dualidad se convierte en materia prima - forma sustancial; por el contrario, si la cosa sigue siendo lo que era, el par se denomina sustancia - accidentes. ¿Cuál es el objeto de estas precisiones? En primer lugar, rechazar la identificación de potencia y materia prima: toda materia prima es potencia (es decir, que está en camino de convertirse en una forma), pero no toda potencia es materia prima. En segundo lugar, limitar la materia prima al rango de potencia simple: la materia prima nunca puede ser potencia pura, ya que - por ser real - tarde o temprano se encarnará en una forma; en otras palabras, la materia pura, aparte de Dios, no existe.

LA DUALIDAD: ESENCIA - EXISTENCIA

Esos dos niveles de la realidad, en los que las formas - sustancial y accidentes - son siempre acto consumado, son denominados por Santo Tomás orden predicamental. Junto a éste existe otro orden en el que las formas son potencia, el orden trascendental. En éste, el par potencia - acto tiene su correlato en la dualidad esencia - existencia. Esencia es lo que una cosa es: pájaro, hombre; la esencia no precisa existir fuera de la mente: la imaginación puede perfectamente concebir la esencia de seres inexistentes, como el aludido caballo con alas. Por tanto, el concepto de esencia es ante todo - en contra de los platónicos - un simple producto de la mente. La esencia es el ser en sí mismo: un pájaro, un hombre; la existencia es el ente concreto que "existe" fuera de la mente.

MÉTODO Y ESTILO DE SANTO TOMÁS

No es posible expresar el método tomista en una palabra, si no es con la palabra "eclectico". Es Aristotélico, Platónico y Socrático; es inductivo y deductivo; es analítico y sintético. Tomó lo mejor que encontró en aquellos que le precedieron, separando la paja del grano, aprobando lo cierto, rechazando lo falso. Su poder de síntesis era extraordinario. Ningún escritor le superó en la facultad de expresar en pocas, pero bien escogidas palabras la verdad recogida de una multitud de opiniones diversas y antagónicas; y en casi cada caso, el estudiante puede ver la verdad y quedarse perfectamente satisfecho con los sumarios y afirmaciones del santo. No es que quiera que sus estudiantes creen sin más la palabra del maestro. En filosofía, los argumentos basados en la autoridad son de importancia secundaria; la filosofía no consiste en saber lo que han dicho los hombres, sino en saber la verdad (In I lib. de Coelo, lect xxii; II Sent., D. xiv, a 2 ad lum). Le da el lugar que le corresponde a la razón en la teología, pero la mantiene dentro de sus propios límites. Contra los Tradicionalistas la Santa Sede ha declarado que el método de Santo Tomás y San Buenaventura no lleva al Racionalismo (Denzinger - Bannwart, n 1652). Aunque no fue tan original al investigar la naturaleza como Alberto Magno y Roger Bacon, era un adelantado a su tiempo en la ciencia, y muchas de sus opiniones son de valor científico incluso en el siglo veinte. Veamos por ejemplo, lo siguiente: "En la misma planta hay una virtud doble, activa y pasiva, aunque algunas veces la activa se encuentra en una y la pasiva en otra, así que una planta dicese ser masculina y la otra femenina" (3 Sent., D. III Q ii, a 1).

El estilo de Santo Tomás es un término medio, entre la ruda expresividad de algunos Escolásticos y la fastidiosa elegancia de Juan de Salisbury; es destacable por su exactitud, brevedad y plenitud. El Papa Inocencio VI (citado en la Enc. "Aeterni Patris" de León XIII) declaró que con la excepción de los escritos canónicos, las obras de Santo Tomás superan a todas las demás en "exactitud en su expresión y veracidad en sus afirmaciones" (*habet proprietatem verborum, modum dicendorum, veritatem sententiarum*). Los grandes oradores, como Bossuet, Lacordaire, Monsabre, han estudiado su estilo, y han sido influenciados por él, pero no han sido capaces de reproducirlo. Lo mismo es cierto de los escritores teológicos. Cayetano conocía el estilo de Santo Tomás mejor que ninguno de sus discípulos, pero éste no alcanza a su gran maestro en la claridad y exactitud de expresión, en la sobriedad y la solidez de sus juicios. Santo Tomás no logró esta perfección sin esfuerzo. Aunque era un genio singular, también era un trabajador infatigable, que con la práctica continua alcanzó el singular grado de perfección en el arte de escribir, en la que el "arte" desaparece. "El manuscrito del autor de la Summa Contra Gentiles existe todavía casi en su totalidad. Se encuentra en la Biblioteca Vaticana. El manuscrito es de tiras de

pergamino de diversos matices de color, cubiertos por una antigua tapa también de pergamino a la que las páginas iban cosidas originalmente. La escritura es a dos columnas y difícil de descifrar, llena de abreviaturas, a menudo convirtiéndose en una especie de taquigrafía. Muchos pasajes están tachados." (Rickaby, op. cit., prefacio, ver Ucelli ed., "Sum. coat. gent." Roma, 1878).

APRECIO POR SANTO TOMÁS

La estima de que disfrutaba en vida no ha disminuido, sino aumentado, en el transcurso de los seis siglos transcurridos desde su muerte. El lugar que ocupa en la Iglesia lo explica el gran León XIII en la encíclica "Aeterni Patris", en la que recomienda el estudio de la filosofía escolástica: "Es sabido que casi todos los fundadores y legisladores de órdenes religiosos ordenaron a sus frailes estudiar y hacer suyas las enseñanzas de Santo Tomás. Además de la familia Dominica, que justamente reclama como suyo a éste gran maestro, los estatutos de los Benedictinos, Carmelitas, Agustinos, Jesuitas y muchos otros, dan testimonio de su acatamiento de esta ley. Entre los "muchos otros", Servitas, Pasionistas, Bernabitas y Sulpicianos se han dedicado de manera especial al estudio de Santo Tomás. Las principales universidades donde Santo Tomás brillaba como gran maestro han sido enumeradas más arriba. Los doctores parisinos le llamaban estrella del alba, sol luminoso, luz de la iglesia entera. Esteban, Obispo de París, reprendiendo a aquellos que se atrevían a atacar la doctrina de aquel "excelentísimo Doctor, el bendito Tomás", le llama "la gran luminaria de la Iglesia Católica, la joya del sacerdocio, la flor de los doctores, el lustroso espejo de la Universidad de París" (Dane, op. cit., p. 431). En la antigua Universidad de Lovaina, los doctores tenían que descubrirse e inclinarse cuando pronunciaban el nombre de Tomás (Goudin, op. cit., p. 21).

PARALELO FILOSÓFICO Y RELIGIOSO ENTRE SAN AGUSTÍN Y SANTO TOMÁS

Los escritos de Santo Tomás eran universalmente estimados. Los Dominicos naturalmente fueron los primeros en seguir al Santo. El Capítulo General de París en 1279 prometió grandes penas para todo aquel que se atreviese a hablar irreverentemente de él o de sus obras. Los Capítulos de París de 1286, de Burdeos de 1287 y de Lucca de 1288, expresamente dispusieron que los frailes tenían que seguir la doctrina de Santo Tomás que en aquel momento no había sido canonizado (Const. Ord. Praed. N 1130). La Universidad de París, coincidiendo con la muerte de Tomás, envió una misiva oficial de pésame al capítulo general de los Dominicos, diciendo que con los hermanos, la universidad

expresaba su dolor por la pérdida de aquél que era como suyo propio por sus muchos títulos (véase el texto de la carta de Vaughan op. cit., II, p. 82). En la encíclica "Aeterni Patris", León XIII menciona las Universidades de París, Salamanca, Alcalá, Douai, Toulouse, Lovaina, Padua, Bolonia, Nápoles, Coimbra, como "las sedes del conocimiento humano donde Tomás reinaba supremo, y donde las mentes de todos, maestros y discípulos, disfrutaban de una maravillosa armonía bajo la tutela y autoridad del Doctor Angélico". A esta relación, podemos añadir Lima y Manila, Friburgo y Washington. Los seminarios y escuelas siguieron a las universidades. La "Summa" gradualmente sustituyó a las "Sentencias" como texto de teología. Las mentes se formaban según los principios de Santo Tomás; se convirtió en un gran maestro, ejerciendo una vasta influencia universal sobre las opiniones de los hombres y sus obras; porque incluso los que no adoptaban todas sus conclusiones, quedaban obligados a considerar sus opiniones. Se estima que se han escrito unos seis mil comentarios sobre la obra de Santo Tomás. Durante los últimos 600 años, se han publicado manuales de teología y filosofía, compuestos con la intención de impartir su enseñanza; traducciones, estudios o resúmenes (études), de parte de sus obras, y hasta hoy, su nombre se honra en todo el mundo (véase TOMISMO). En cada uno de los Concilios Generales que han tenido lugar después de su muerte, Santo Tomás siempre ha ocupado un lugar de honor. En el Concilio de Lyon su obra "Contra errores Graecorum" fue utilizado con gran efecto.

Era necesario divulgar esta obra en español; de las quinientas páginas seleccionadas, sólo alrededor de cien habían sido traducidas.

Debemos al entusiasmo, a los profundos conocimientos de la Filosofía agustiniana y del latín y al castizo manejo del castellano del P. Víctor Díaz de Tuesta, la magnífica traducción que la Biblioteca de Cultura Católica presenta hoy al público hispánico, en momentos en que revive el interés por la filosofía de San Agustín. Queremos subrayar esta palabra Filosofía, y agregar que ella marca el esplendoroso comienzo de la verdadera Filosofía Cristiana. Ha habido en ciertos medios intelectuales - y aún católicos - la tendencia consciente o subconsciente a ver en San Agustín al teólogo y al místico, pero no al filósofo. Se ha ignorado o preterido que el Cristianismo entrañó, al ser una revolución religiosa, una profunda revolución metafísica, que vino a dar una nueva vida a la griega, desintegrada, según Dilthey, por los escépticos de la nueva Academia. San Agustín personificó esta revolución filosófica, y empleando, transformando, rectificando y elevando muchos conceptos que debía a la influencia neo-platónica, levantó el edificio de la metafísica sobre la roca indestructible de la certeza interior; "metafísica de la experiencia interna", pero que no descuida el valor de la externa, y supera y rectifica la Teodicea de Platón, pues concibe a Dios, no sólo como la idea del bien, sino como el Bien mismo, Amor infinito, irradiante como la Verdad; Ser personal y Verbo que contiene en Sí todas las ideas y las

formas de las cosas; filosofía que rechaza la eternidad del mundo, y sustituye la emanación que lleva al panteísmo, por la creación libre que supone la trascendencia infinita de Dios.

Mas el genio filosófico de San Agustín no se detuvo aquí; avanzando en un terreno no explorado - apenas entrevisto por la mente griega - describe la inconmensurable riqueza y los insondables abismos de la vida interior; extrae de ella la unidad de la persona humana, penetra en el misterio del tiempo y concibe la historia como la revelación no sólo del espíritu del hombre, sino de la Providencia divina.

No pretenden estas líneas presentar una síntesis del pensamiento agustiniano, hecha admirablemente en los valiosísimos trabajos ya clásicos de Poujoulat, Nourrison y Martín, y los más recientes de Portalié, Grabman, Boyer, Gilson y Jolivet; pero sí debemos llamar la atención a lo que consideramos las bases esenciales de la filosofía agustiniana, tal como aparecen en los textos escogidos por el P. Przywara.

El tiempo en cautiverio no fue perdido. Su madre empezó a ceder tras los primeros impulsos de ira y tristeza; se les permitió a los Dominicos proporcionarle nuevos hábitos, y con la ayuda de su hermana obtuvo algunos libros - las Sagradas Escrituras, la Metafísica de Aristóteles y las "Sentencias" de Pedro Lombardo. Tras año y medio o dos en prisión, sea porque su madre se dio cuenta de que la profecía del ermitaño se cumpliría o bien porque sus hermanos temían las amenazas de Inocencio IV y Federico II, fue puesto en libertad bajándolo en un cesto a los brazos de los Dominicos que se admiraron al darse cuenta de que durante su cautiverio "había progresado tanto como si hubiera estado en un studium generale" (Calo op. cit., 24).

Tomás enseguida hizo sus votos, y sus superiores le mandaron a Roma. Inocencio IV examinó con atención los motivos que le llevaron a entrar en la Orden de Predicadores, le despidió con una bendición y prohibió cualquier interferencia en su vocación. Juan el Teutón, cuarto Maestro General de la Orden, llevó al joven estudiante a París y según la mayoría de los biógrafos del santo, a Colonia, en 1244 o 1245, a cargo de Alberto Magno, el más famoso profesor de la Orden. En las escuelas, el carácter humilde y taciturno de Tomás fue mal interpretado como indicios de retraso mental, pero cuando Alberto escuchó su brillante defensa de una difícil tesis, exclamó: "Llamamos a este joven un buey mudo, pero su mugido doctrinal un día resonará hasta los confines del mundo".

En 1245 enviaron a Alberto a París y Tomás lo acompañó como alumno. En 1248 ambos volvieron a Colonia. Alberto había sido nombrado regente del nuevo studium generale, erigido aquel año por el Capítulo General de la Orden y Tomás debía enseñar bajo su autoridad como Bachiller. (Sobre el sistema de titulación en el siglo XIII ver ORDEN DE PREDICADORES - II, A, 1, d). Durante su estancia en Colonia,

probablemente en 1250, fue ordenado sacerdote por Conrado de Hochstaden, arzobispo de esa ciudad. Durante toda su vida, con frecuencia predicó la Palabra de Dios en Alemania, Francia e Italia. Sus sermones se caracterizaban por su fuerza, piedad, solidez en la enseñanza y abundantes referencias bíblicas. En 1251 o 1252, el Maestro General de la Orden, aconsejado por Alberto Magno y Hugo de San Caro, nombró a Tomás Bachiller (subregente) del studium Dominicó en París. Este nombramiento puede considerarse como el principio de su vida pública, ya que su enseñanza rápidamente llamó la atención tanto de profesores como de alumnos. Sus deberes consistían principalmente en explicar las "Sentencias" de Pedro Lombardo, y sus comentarios sobre ese texto teológico le proporcionaron el material y en gran parte, en esquema general para su obra magna, la "Summa Theológica". En el transcurso del tiempo, se le ordenó prepararse para el Doctorado de Teología por la Universidad de París, pero aplazaron la concesión del título por una disputa entre la universidad y los frailes. El conflicto, en su origen una disputa entre la universidad y las autoridades civiles, surgió tras un incidente con la guardia de la ciudad que resultó en un estudiante muerto y otros tres heridos. La universidad, celosa de su autonomía, exigía una satisfacción que le fue negada. Los doctores cerraron sus facultades, juraron solemnemente que no las abrirían hasta ver satisfechas sus demandas y decretaron que en el futuro a nadie se le conferiría el título de doctor a menos que jurase seguir la misma línea de conducta en circunstancias similares. Los Dominicos y Franciscanos, que habían seguido enseñando en sus escuelas se negaron a hacer el juramento exigido, y de aquí surgió un amargo conflicto que estaba en su punto álgido cuando Santo Tomás y San Buenaventura estaban preparados para recibir sus doctorados. Guillermo de San Amour extendió la disputa más allá del tema original, atacó violentamente a los Frailes, de los que estaba evidentemente celoso, y les negó su derecho a ocupar cátedras en la universidad. Contra su libro "De periculis novissimorum temporum" (Los peligros de los Últimos Tiempos) Santo Tomás escribió el tratado "Contra impugnantes religionem", una apología de las órdenes religiosas (Touron op. cit., II cc. vii sqq). El libro de Guillermo de San Amour fue condenado por Alejandro IV en Anagni, el 5 de octubre de 1256 y el Papa ordenó que los frailes mendicantes fueran admitidos al doctorado.

Por estas fechas, Santo Tomás también combatió un libro peligroso, "El Evangelio Eterno" (Touron op. cit., II, cxii). Las autoridades universitarias no obedecieron inmediatamente; fueron necesarias las influencias de San Luis IX y once Breves papales para lograr de nuevo la paz. Santo Tomás recibió su doctorado en teología. La fecha que dan la mayoría de sus biógrafos es la del 23 de octubre de 1257. Su tema fue "La Majestad de Cristo". Su texto, "Él niega los montes desde sus aposentos: del fruto de sus obras se sacia la tierra" (Salmo 103, 13) sugerido, según se cree, por un visitante celeste, fue profético de su vida futura. La tradición cuenta que San Buenaventura y Santo Tomás recibieron el doctorado el mismo

día y que hubo una "lucha" de humildad entre los dos amigos para ver quién sería nombrado primero.

Desde entonces, la vida de Tomás puede resumirse en pocas palabras, orar, predicar, enseñar, escribir, viajar. La gente deseaba más escucharle a él que a Alberto, a quien Santo Tomás superaba en precisión, lucidez, concisión y fuerza de expresión, sino en universalidad de conocimientos. París le reclamaba como suyo; los Papas deseaban tener junto a ellos; los estudiantes de la Orden ansiaban disfrutar de los beneficios de su enseñanza; así, le encontramos sucesivamente en Anagni, Roma, Bolonia, Orvieto, Viterbo, Perugia y París de nuevo y finalmente en Nápoles, siempre enseñando y escribiendo, viviendo en la tierra con una pasión, un celo ardiente por exponer y defender la verdad Cristiana. Tan dedicado estaba a su sagrada misión que con lágrimas pedía que no le obligaran a aceptar la titularidad del Arzobispado de Nápoles, que le fue conferido por Clemente IV en 1265. Si hubiese aceptado este nombramiento, muy probablemente nunca hubiera escrito la "Summa Theológica".

La filosofía escolástica alcanzó su culminación con la obra del pensador más importante de toda la edad media: Santo Tomás de Aquino. Por primera vez en más de siete siglos, la razón parecía emanciparse de su servicio al dogma cristiano y abordar de manera neutral las cuestiones que la filosofía grecolatina había establecido como centrales: el problema del ser, el universo o el conocimiento humano. Por supuesto, el pensamiento de Santo Tomás partía de la superioridad de las verdades de la fe sobre el raciocinio; en ningún lugar de su obra se cuestionan aspectos concernientes al dogma. Sin embargo, ello no le impidió presentar a la filosofía como un modo de conocimiento plenamente autónomo, capaz, por un lado, de concordar armónicamente con la teología y, por otro, de tratar de forma independiente los más diversos aspectos de la realidad. Con el "doctor angélico", el pensamiento occidental comenzó a recuperar lentamente la madurez y libertad que no conocía desde el apogeo helenístico.

SANTO TOMÁS Y EL PENSAMIENTO MODERNO

En el Syllabus de 1864 Pío IX condenó una afirmación que decía que los métodos y principios de los antiguos doctores escolásticos no se adaptaban a las necesidades de nuestro tiempo y al progreso científico (Denzinger - Bannwart, n. 1713). En la encíclica "Aeterni Patris", León XIII señala los beneficios que se derivan de "una reforma práctica de la filosofía, restaurando las reconocidas enseñanzas de Santo Tomás de Aquino". El Papa exhorta a los obispos a "restaurar la sabiduría áurea de Tomás y difundirla por todas partes en defensa y para mayor belleza de la Fe Católica, para el bien de la sociedad y para el avance de todas las

ciencias". En las páginas de la Encíclica que preceden inmediatamente a esas palabras, explica por qué la enseñanza de Santo Tomás llevarían a tal deseable resultado: Santo Tomás es el gran maestro para explicar y defender la Fe, porque suya es "la sólida doctrina de los Padres y Escolásticos, que con tanta claridad y vigor demuestran los firmes fundamentos de la Fe, su origen Divino, su certera Verdad, los argumentos que la sostienen, los beneficios que ha dispensado a la humanidad, y su perfecto acuerdo con la razón de tal manera que satisface completamente las mentes abiertas a la persuasión, aunque estén indispuestas para ello". La carrera de Santo Tomás en sí misma hubiera justificado a León XIII cuando aseguró a los hombres del siglo XIX que la Iglesia Católica no se oponía al recto uso de la razón. También se destacan los aspectos sociológicos de Santo Tomás: "Las enseñanzas de Santo Tomás sobre el verdadero significado de la Libertad, que ahora se está convirtiendo en libertinaje, sobre el origen Divino de toda autoridad, sobre las leyes y su fuerza sobre el justo y paternal gobierno de los príncipes, sobre la obediencia a las máximas autoridades, sobre la mutua caridad fraterna - en fin, sobre todos estos y otros temas, poseen una gran e invencible fuerza para conquistar y vencer aquellos principios del "nuevo orden" que hacen peligrar el pacífico orden de cosas y la seguridad pública (ibid.). Los males que afectan a la sociedad moderna han sido señalados por el Papa en la epístola "Inscrutabili" del 21 de abril de 1878, y en la que versa sobre el Socialismo, Comunismo y Nihilismo ("Las Grandes Encíclicas de León XIII", pp. 9 sqq.; 22 sqq). De qué manera los principios del Doctor Angélico proveerán un remedio para estos males, se explica aquí de manera general, y de manera más particular en las epístolas sobre la constitución cristiana de los estados, la libertad humana, los principales deberes de los cristianos como ciudadanos, y sobre las condiciones de las clases trabajadoras.

DE BACHILLER A MAESTRO

Establecido el Studium Generale, Fr. Tomás, discípulo de Alberto Magno en París y Colonia durante siete años, es nombrado cursor o, lo que es lo mismo, lector e intérprete de la Biblia. Al poco tiempo pasa a ser una especie de asistente del Maestro y recibe el encargo de comentar los libros de Las Sentencias de Pedro Lombardo.

Alberto comprende muy luego que es una lástima no aprovechar cuanto antes y con mayor amplitud los méritos extraordinarios de su extraordinario colaborador. Él no puede abandonar Colonia, so pena de dejar mal cimentada la orientación aristotélica que quiere dar a la enseñanza en Alemania. Sabe que en París es aún más necesaria una obra como la que él está realizando en Colonia. ¿Qué hacer? Mandar a Fr. Tomás a la capital de Francia. Y sin más dilaciones comienza a interesar

en el proyecto al General de la Orden, que es de quien depende el traslado del novel profesor.

Juan el Teutónico se niega rotundamente a las peticiones de Alberto. En teoría, le parece muy bien lo propuesto; pero es prácticamente irrealizable; los reglamentos universitarios no permiten que Tomás pueda ser nombrado catedrático en París. Nadie puede ser investido con los honores del Magisterio sino ha cumplido los treinta y cinco años, por muchos méritos que tenga. Tomás no pasa aún de los veintisiete. Además, habiendo como hay en Santiago de París hombres ilustres por su saber y por sus trabajos en la enseñanza, parecería un favoritismo intolerable posponerlos a un joven que está empezando. Personalmente, el General aprueba los deseos de Alberto, pero la prudencia aconseja que se aguarde a que Tomás de Aquino haya cumplido los treinta y cinco años, que es la edad reglamentaria.

El Maestro de Colonia, que es tenacísimo en sus propósitos y ve con claridad meridiana los peligros que por el horizonte asoman, no se conforma con los puntos de vista del General. Males excepcionales piden remedios excepcionales también. ¿Qué importan leyes más o menos convencionales cuando pelagra la misma doctrina católica?

Así que el nuevo Bachiller inaugura sus clases en el Aula Magna del Convento de Santiago, comienzan a acudir, casi en tropel, los estudiantes. Vienen como seducidos por los modernísimos procedimientos del nuevo profesor, por la impresionante profundidad de su doctrina, por la claridad con que la expone y por el rigor con que delimita los campos entre la filosofía y la teología, ésta siempre fundamentada en la divina revelación, y aquella apoyada en la autoridad de la razón humana. Guillermo de Tocco tiene un pasaje bellísimo en la Vida de Santo Tomás hablando de la novedad con que presenta sus métodos de enseñanza.

LA ENSEÑANZA EN PARÍS Y EN ITALIA

Sublime es la idea que el nuevo Maestro tiene de su misión docente. No son pocos los pasajes de sus obras en que hallamos elocuentes testimonios a este propósito. En las Quaestiones Quodlibetales, por ejemplo (Quodl. I, 14), compara a los directores de almas con los profesores de Teología, y dice que éstos son los arquitectos que trazan los planos de conjunto, mientras que los otros son los obreros que van edificando conforme a los planos que les trazan. En el tratado De Veritate (Quest. Disput. 11), habla de la acción del Maestro sobre la vida intelectual del discípulo. Frecuentemente, confiesa que las tareas de la enseñanza le tienen por completo absorbido el tiempo todo. En el tratado De Sortibus, responde a alguien que le pide ciertas informaciones, que, si se las puede mandar, es gracias a haber dispuesto de unos cuantos días de vacaciones.

Aquel darse en cuerpo y alma a la misión de enseñar, debe de ser no pequeño motivo del dominio que ejerce sobre los estudiantes. Pedro Calo dice que la afluencia de escolares a las aulas de Fr. Tomás era cada día más grande, y que a la luz de sus enseñanzas iban como brotando numerosos maestros, tanto religiosos como seculares. Decir que el Santo Doctor enseña a estudiar es poco; mejor se diría que enseña a enseñar. Desde su cátedra fluye la ciencia, y tanto como la ciencia fluye la virtud. Le gusta tratar personalmente a los alumnos y parece con ellos un compañero más. Esto nos lo dicen bien claro la multitud de discípulos, de cerca y de lejos, que le tienen por amigo. Valgan, a manera de ejemplo, Tolomeo de Luca, Bernardo de Clermont, Bernardo de Trilla, Ramberto dei Primadizzi, Juan de Sterngassen, Alberto de Brescia, Tomás de Sultón, Juan de Nápoles, Bernardo Lombarda, Pedro de Alvernia, Gil Romano, Santiago Capocci, Juan de Cayatia, Pedro Andriano y el predilecto Reginaldo de Piperno, que es el socius carissimus de Fr. Tomás y tiene un lugar especial en su gran corazón. Sabe ser muy amigo de los amigos; de ahí el sentimiento que siempre deja, cuando tiene que partir, en las almas de los que podemos llamar sus familiares.

AGUSTÍN Y TOMÁS DE AQUINO

Si Agustín ocupa, en la historia del pensamiento de todos los siglos, el puesto que le hemos asignado, su figura debe recibir los últimos toques de un enfrente con el único que, después de él, ocupa un puesto semejante: Tomás de Aquino. Suele fijarse de ordinario la orientación fundamental de un modo de pensar por su dependencia bien de Platón o bien de Aristóteles. En el ámbito cristiano ocurre lo mismo, y se define por su vinculación a Juan o a los sinópticos, a Pablo o a Pedro Santiago. La conclusión en nuestro caso sería que estas dos figuras, Agustín y Tomás de Aquino, son prototipo del pensamiento como tal y del modo de pensar específicamente cristiano. Podrá decirse que ese punto de vista es aceptado comúnmente desde hace tiempo. Pero debemos averiguar cuál es el genuino ángulo de visión. Partimos, pues, de aquellos puntos en los que se fijan de ordinario las distinciones entre ambos. Comparando luego las diferencias y las coincidencias en unos mismos temas alcanzaremos nuestra última perspectiva: el ritmo personal.

La investigación debe ocuparse de lo que es fundamental en ambos, a saber: el "órgano", el modo característico, cómo ambos se representan el conocimiento en cuanto tal. Eso implica tres problemas. Primero: ¿Procede el conocimiento de arriba abajo o de abajo arriba? ¿Se procede por intuición apriorística o por experiencia real? Segundo: ¿Procede el conocimiento de dentro afuera o de fuera adentro? ¿Es primero el conocimiento en sí mismo, o el conocimiento del mundo? Tercero: ¿Procede el conocimiento de allende aquende o de aquende allende? ¿Es primeramente teológico, o primeramente filosófico?.

Si comparamos estos tres problemas con las tensiones fundamentales que hemos ido exponiendo a lo largo de este estudio, descubrimos que esos problemas son un apriori metodológico de tales tensiones. Bastará, pues, reducir nuestra demostración a las tensiones que en nuestro último apartado hemos dado como resultado de las tensiones anteriores.

El neoplatonismo lo ve todo desde el concepto de la pura verdad, en el ingreso en el propio interior, en la unidad mental con Dios.

LAS CINCO VÍAS PARA PROBAR LA EXISTENCIA DE DIOS

La existencia de Dios se puede demostrar por cinco vías. La primera y más clara funda en el movimiento. Es innegable, y consta por el testimonio de los sentidos, que en el mundo hay cosas que se mueven. Pues bien, todo lo que se mueve es movido por otro, ya que nada se mueve más que en cuanto está en potencia respecto a aquello para lo que se mueve. En cambio, mover requiere estar en acto, ya que mover no es otra cosa que hacer pasar algo de la ponencia al acto, y esto no puede hacerlo más que lo que está en acto, a la manera como lo caliente en acto, v. gr., el fuego, hace que un leño, que está caliente en potencia, pase a estar caliente en acto. Ahora bien, no es posible que una misma cosa esté, a la vez, en acto y en potencia respecto a lo mismo, sino respecto a cosas diversas; lo que, v. gr., es caliente en acto, no puede ser caliente en potencia, sino que en potencia es, a la vez, frío. Es, pues, imposible que una cosa sea por lo mismo y de la misma manera motor y móvil, como también lo es que se mueva a sí misma. Por consiguiente, todo lo que se mueve es movido por otro. Pero si lo que mueve a otro es, a su vez, movido, es necesario que lo mueva un tercero, y a éste, otro. Mas no se puede seguir indefinidamente, porque así no habría un primer motor y, por consiguiente, no habría motor alguno, pues, los motores intermedios no mueven más que en virtud del movimiento que reciben del primero, lo mismo que un bastón nada mueve si no lo impulsa la mano. Por consiguiente, es necesario llegar a un primer motor que no sea movido por nadie, y éste es el que todos entienden por Dios.

La segunda vía se basa en la causalidad eficiente. Hallamos que en este mundo de lo sensible hay un orden determinado entre las causas eficientes; pero no hallamos que cosa alguna sea su propia causa, pues en tal caso habría de ser anterior a sí misma, y esto es imposible. Ahora bien, tampoco se puede prolongar indefinidamente la serie de las causas eficientes, porque siempre que hay causas eficientes subordinadas, la primera es causa de la intermedia, sea una o muchas, y ésta, causa de la última; y puesto que, suprimida una causa, se suprime su efecto, sino existiese una que sea la primera, tampoco existiría la intermedia ni la última. Si, pues, se prolongase indefinidamente la serie de causas eficientes, no

habría causa eficiente primera, y, por tanto, ni efecto último ni causa eficiente intermedia, cosa falsa a todas luces. Por consiguiente, es necesario que exista una causa eficiente primera, a la que todos llaman Dios.

La tercera vía considera el ser posible, o contingente, y el necesario, y puede formularse así. Hallamos en la naturaleza cosas que pueden existir o no existir, pues vemos seres que se producen y seres que se destruyen, y, por tanto, hay posibilidad de que existan y de que no existan. Ahora bien, es imposible que los seres de tal condición hayan existido siempre, ya que lo que tiene posibilidad de no ser hubo un tiempo en que no fue. Si, pues, todas las cosas tienen la posibilidad de no ser, hubo un tiempo en que ninguna existía. Pero, si esto es verdad, tampoco debiera existir ahora cosa alguna, porque lo que no existe, no empieza a existir más que en virtud de lo que ya existe, y, por tanto, si nada existía, fue imposible que empezase a existir cosa alguna, y, en consecuencia, ahora no habría nada, cosa evidentemente falsa. Por consiguiente, no todos los seres son posibles o contingentes, sino que entre ellos, forzosamente, ha de haber alguno que sea necesario. Pero el ser necesario o tiene la razón de su necesidad en sí mismo o no la tiene. Si su necesidad depende de otro, como no es posible, según hemos visto al tratar de las causas eficientes, aceptar una serie indefinida de cosas necesarias, es forzoso que exista algo que sea necesario por sí mismo y que no tenga fuera de sí la causa de su necesidad, sino que sea causa de la necesidad de los demás, a lo cual todos llaman Dios.

La cuarta vía considera los grados de perfección que hay en los seres. Vemos en los seres que unos son más o menos buenos, verdaderos y nobles que otros, y lo mismo pasa con las diversas cualidades. Pero el más y el menos se atribuye a las cosas según su diversa proximidad a lo máximo, y por esto se dice lo más caliente de lo que más se aproxima al máximo calor. Por tanto, ha de existir algo que sea verísimo, nobilísimo y óptimo, y por ello ente o ser supremo; pues, como dice el Filósofo, lo que es verdad máxima es máxima entidad. Ahora bien, lo máximo en cualquier género es causa de todo lo que en aquel género existe, y así el fuego, que tiene el máximo calor, es causa del calor de todo lo caliente, según dice Aristóteles. Existe, por consiguiente, algo que es para todas las cosas causa de su ser, de su bondad y de todas sus perfecciones, y a esto llamamos Dios.

La quinta vía se toma del gobierno del mundo. Vemos, en efecto, que cosas que carecen de conocimiento, como los cuerpos naturales, obran por un fin, como se comprueba observando que siempre, o casi siempre, obran de la misma manera para conseguir lo que más les conviene; por donde se comprende que no van a su fin obrando al acaso, sino intencionalmente. Ahora bien, lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, a la manera como el arquero dirige la flecha. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios.

CONCLUSIÓN

Después de haber investigado minuciosamente sobre la vida de dos preclaros personajes como son San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino, en los temas que ellos conocían y dominaban, tales como la filosofía y la pedagogía eclesial, debo manifestar mi profunda admiración por los dos santos como sabios y como maestros.

Cada uno en el área de dominaba, la filosofía en San Agustín y la pedagogía medieval en Santo Tomás de Aquino. Ambos fueron aclamados y felicitados por grandes personajes de las épocas que les tocó vivir, obispos, reyes, emperadores, grandes representantes de la patrística y la escolástica, así como otras autoridades conventuales y universitarias.

San Agustín y Santo Tomás de Aquino fueron eximios maestros de filosofía, teología y doctrina cristiana, de allí que sus seguidores, alumnos contemporáneos y colegas continuaron sus pasos y trataron de emular su comportamiento, sabiduría y enseñanzas, manteniendo la fe, practicando buenos actos ante los demás y creyendo en Dios.

En suma, las obras que realizaron estos dos personajes siempre permanecerán en la historia, actualizados en el tiempo y dando enseñanzas a todos quienes se interesan por la vida y obra de San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino.

Referencias Bibliográficas

- ENCICLOPEDIA CATÓLICA COPYRIGHT Vida de Santo Tomás de Aquino. Aci Prensa. Volumen I.
- JOÁO AMCAL1945 Santo Tomás de Aquino. Edición publicaciones españolas. Madrid.
- NUEVA ENCICLOPEDIA AUTODIDACTA1997. Literatura y Filosofía. Edit. Lexus. Editoras Madrid.
- PAPINI, Giovanni1967 San Agustín. Editora Latino Americano S.A. México.
- PRYZWARA S. I., Erich. El Pensamiento de San Agustín. Víctor Díaz de Tuesta O.E.S.A.
- PRYZWARA, Erich1984. Perfil Humano y Religioso de San Agustín. Edit. Cristiandad. Madrid.
- RAMÍREZ OP, Santiago1975 Introducción a Tomás de Aquino. Edición Victorino Rodríguez. Madrid.
- RUÍZ Simón JOSEP M.1992 Agustinismo y Tomismo. Edit. Vicens S.A. España.